

EL HILO, LA CANICA Y EL POEMA

«Cuando las gentes sabían de su pasado a través de los cuentos, explicaban su presente contándose cuentos y predecían su futuro con cuentos, el mejor lugar de la casa junto al fuego se le reservaba siempre al cuentacuentos»

El cuentacuentos, Jim Henson

«Sobre los Montes Merceros, por la senda solitaria,
allende el pantano Sapio y la sombra de la araña,
por los árboles colgantes, cruzando la hierba de horca,
con Maulladores te encuentras, Maulladores te devoran»

Los Maulladores, J.R.R. Tolkien

1



rase una vez, pues no podía ser de otra manera, en un smial construido en el interior de una colina. Tenía una hermosa puerta redonda de color verde con un tirador de bronce en el centro. Sus ventanas también eran redondas y por ellas escapaba la titilante luz de una chimenea. Era Bolsón Cerrado, un lugar singular; y el artífice del fuego no era otro que el más singular de los hobbits, Bilbo Bolsón. No hacía mucho tiempo, había adoptado al que sería su único sobrino y heredero: el jovencísimo Frodo, que contaba aún con menos años de los que se pueden enumerar con los dedos.

Y el día en que nos encontramos es jueves, un día situado entre el miércoles de ayer y el más que probable viernes de mañana. Pero lo importante de los jueves —y Frodo, a su corta edad, ya lo sabía—, era que se encendía la chimenea. Y eso significaba que tocaba noche de cuentacuentos.

—La chimenea es lo más importante a la hora de contar un cuento —decía Bilbo mientras colocaba los troncos formando un tejadillo—. La luz de su fuego y el calor de sus llamas... ¿o era al revés?

Frodo interrumpió con una risa impaciente. Estaba sentado sobre el suelo con las piernas cruzadas y se balanceaba nervioso esperando el comienzo.

—...decía que son imprescindibles para el suave avance de las palabras —continuó Bilbo—. Uno debe entender que contar un cuento es un arte, y que cada artista necesita de algunas herramientas. Acércame el atizador, Frodo.

Frodo no era especialmente bajito para su edad pero el atizador era grande y pesado y verle esforzarse para parecer muy fuerte era realmente enternecedor. Bilbo alargó el brazo y cogió el atizador de hierro. Removió las brasas y giró el cuello, con sutileza, para escuchar el fuego. Las cenizas flotaban incandescentes a su alrededor.

— El chisporroteo de las brasas es fundamental. Bien, bien... ¿estás listo?

— Estoy listo.

Bilbo se sentó en un sillón orejero de terciopelo rojo. Apartó el escabel de madera que había a sus pies; si el relato lo requería tendría que levantarse. El hobbit echó un último vistazo a su entorno: el suelo de madera barnizada rielaba con intensidad bajo las llamas del fuego, a su izquierda, sobre una mesilla de nogal maciza, descansaba su larga pipa junto a una bolsa de cuero llena de hierba de Estrella Sureña, cultivada en la Cuaderna del Sur. Aún era temprano para encenderla y prefería iniciar su relato disfrutando del agradable olor a salvia y rosas que fugaba desde el jardín delantero. Y Frodo estaba a sus pies, sobre un cojín marrón, lleno de plumas y adornado con filigranas doradas.

Bilbo alzó un dedo y abrió la boca para pronunciar la primera letra de de su cuento, cuando el sonido de unos poderosos ladridos le interrumpió.

— ¡Vaya, qué jaleo es ese! —Bilbo se levantó y se acercó a la ventana—. Así no podemos empezar. Parece que viene de Bolsón de Tirada. Debe ser el viejo perro de Hamfast Gamyi. Los ladridos se alejan, ¿los escuchas?

—Sí, ¿se habrá escapado? —contestó el pequeño Frodo, estirando el cuello para ver si podía ver algo a través de la ventana.

—Eso parece. Es un perro curioso y la curiosidad es peligrosa, sobre todo si es imprudente —Bilbo cerró la ventana e hizo un gesto a Frodo para que se volviera a sentar. Se quedó pensativo y se dibujó una sonrisa en su rostro—. Creo que he cambiado de opinión. Sí, cambiaremos el cuento de esta noche. Frodo. ¿Te apetece algo distinto a lo habitual, algo que de un poco de miedo...? ¿Algo más aterrador?

La pregunta era trampa, pues pocas veces un niño te responderá que no a la invitación de algo nuevo.

—Sí —contestó con resolución—. Soy mayor. Ya no tengo pesadillas.

—Esa es una afirmación muy osada —sonrió Bilbo—. Debes entender que el mundo de los cuentos puede resultar inesperado y, con frecuencia, temible. No debe tomarse a la ligera.

—Lo entiendo perfectamente —resolvió de nuevo con gran convicción.

—Estupendo. Toma asiento, que yo te seguiré.

Bilbo cerró las ventanas para evitar que ningún ruido interrumpiera la atmósfera. Después se sentó en el sillón y volvió a alzar la mano.

—Esta historia es más antigua que tu tío Bilbo y real como todas las historias. Sucedió en tiempos del padre de mi abuelo Mungo, Balbo, que se había casado con Berilia Boffin, y su hijo, a su vez, con Laura Cavada. Mas la línea que nos interesa es la de mi madre, Belladonna Tuk, cuyo tío era Gerontius Tuk, apodado «el viejo».

Que antes de ser viejo fue joven y esto es tan cierto como que esta historia es antigua. ¿Me sigues?

Frodo movía la cabeza de izquierda a derecha con un baile gracioso, y de su impaciencia por saber más, nació de sus labios un tenue y contradictorio «sí».

—Bien. El cuento que nos ocupa trata sobre Gerontius Tuk, cuyo apodo era «Geran», y su mejor amigo, Gormadoc «Maddy» Brandigamo. Geran tenía un perro llamado Zancos: era un sabueso con un olffato inigualable, capaz de encontrar madrigueras enteras de liebres a varias millas de distancia. Al igual que su dueño, era muy curioso, y a diferencia de él, mucho más prudente. Y es que la curiosidad, como la sal, debe venir en su justa medida.

Frodo estaba absorto y Bilbo dio paso a un silencio medido. En la cabeza de Frodo se diseñaban las primeras imágenes. Vislumbraba a Zancos como al viejo perro del Tío Gamyi, pero más joven y vivaracho. Y aunque quizá no era así, imaginaba a Geran alto y enjuto mientras que Maddy era ancho de cinturas y risueño. Era aún pequeño para entenderlo, pero los cuentos tienen el poder de inspirarnos ideas en los rincones más profundos de nuestra mente.

— Este relato —continuó Bilbo—, como hoy, sucedió un jueves. Sin embargo, era una semana extraña, especial, de esas semanas que tiene dos jueves, uno al principio de la semana y otro al final.

— Pero, ¡eso no puede ser! —interrumpió Frodo—. Una semana no puede tener dos jueves... creo... ¿no?

Frodo fruncía el ceño, intentando remover algo en su pensamiento para ver si daba con la respuesta. Sacaba la lengua y se la mordía con suavidad, para empujar la solución.

— ¡Oh, sí, claro qué puede! —respondió Bilbo acompañado de un gesto de sus manos—. Como he dicho, esta semana fue especial. Y en los días más especiales es cuando suceden las cosas más maravillosas.

»Era la noche de un joven verano y las estrellas temblaban más que nunca sobre la bóveda celeste, y aunque era noche de plenilunio, la luna se había escondido en el cielo. Nadie sabía dónde estaba o si volvería algún día, y las ramas de los árboles rumoreaban con su vaivén que había huido de miedo».

El fuego de la chimenea hizo el amago de extinguirse, regalando con su danza y por un instante, un manto de oscuridad que acompañó las palabras de Bilbo. Un escalofrío recorrió la piel de Frodo.

Bilbo sonrió. Frodo había entrado totalmente en el cuento.



a Comarca tenía en su centro aproximado la Piedra de las Tres Cuadernas. Era un monolito de unos veinte pies de alto que unía las Cuadernas del Norte, Oeste y Sur, situado en una plazoleta de hierba rodeada por un bello adoquinado.

La única luz que había en aquella oscura noche, era la de una antorcha portada por un hobbit que resoplaba y se movía de un lado para otro con impaciencia. ¡Bueno, esa, y la luz de las débiles estrellas de las que hablé anteriormente! A su lado, descansaba un perro tumbado sobre el suelo, mucho más tranquilo. Era un perro blanco, aunque se veía dorado bajo la luz de la antorcha, con una mancha marrón sobre el ojo en forma de estrella. Su pelaje era largo y tenía unas espesas cejas que sobresalían a los lados. Por supuesto, los perros no hablan (o no todos, al menos) pero de hacerlo, le habría dicho a su dueño: «Quieres estarte quieto de una vez, desgastarás el suelo». Ellos eran Geran Tuk y su fiel acompañante, Zancos.

Pasó un buen rato hasta que una segunda antorcha apareció por el Camino del Oeste, proveniente de El Cruce. La portaba un hobbit que venía con una sonrisa de oreja a oreja y una mochila que sobresalía por encima de su cabeza.

— ¿Has traído todo? —preguntó Geran.

—Eso creo —contestó. Se trataba de Maddy Brandigamo, buen amigo de Geran. Se decía desde Cricava hasta Alforzada que si tenías algún apuro, podías llamar a Maddy, porque él estaría siempre dispuesto a ayudarte—. He traído raciones para una semana, una lata de yesca, unos 50 pies de cuerda hecha de cáñamo, el odre de agua y el saco para dormir. ¿Cuál es el plan?

—Nos vamos de excursión —aclaró Geran.

— ¡Bien! Aunque hasta ahí había llegado. Me refiero al ¿por qué? Al ¿dónde? Y por último, pero no menos importante, ¿habrá cerveza cuando lleguemos? —dijo Maddy con su particular humor.

— ¡Y mucho más! Vamos por viaje de negocios —respondió Geran—. Te pido disculpas por no haber sido más claro, pero quería evitar correveidiles y oídos indeseables. Te he pedido ayuda para lo siguiente.

Geran sacó de su bolsillo una pepita de oro del tamaño de la uña de su pulgar. La giró entre sus dedos para ver el grano brillar con intensidad bajo la luz de las antorchas, como si encerrara un crisol de belleza y fuego en su interior. El oro no era especialmente codiciado en la Comarca pero seguía teniendo un gran valor, sobre todo, más allá del Brandivino

— ¿Eso es oro? —preguntó Maddy— ¿De dónde lo has sacado?

—He vendido mi poney a cambio —resolvió Geran.

La respuesta no gustó a Maddy, quien frunció el ceño recordando como su propio abuelo había perdido todo por una mala inversión en oro. Y por supuesto, no

le gustaba la idea de comprar y vender animales, y desde luego, menos por oro. Eso no son asuntos de hobbits.

—Pero, tío —interrumpió Frodo— Si no son sus asuntos ¿para qué quiere oro un hobbit?

—Es una gran pregunta, Frodo. Tremendamente sabia, de hecho. pero no nos adelantemos... déjame continuar.

—Antes de que te precipites en conclusiones, déjame que te cuente mi plan —continuó Geran—. Como sabes, mi perro Zancos es capaz de encontrar cualquier cosa que se le dé a olfatear. Lo ha hecho antes con liebres y conejos. Hace unos días, escondí la mitad de unas tijeras y le di a oler la otra mitad. Adivina: en menos que canta un gallo encontró la parte escondida.

—Veo por dónde vas —le contestó Maddy— y no sé si me gusta.

—Zancos va a olfatear esta pepita de oro y nos llevará hasta el tesoro más cercano.

—No es buena idea —dijo Maddy—. Parece uno de esos atajos que uno coge en la vida y que acaban en un pozo, con él dentro. Además, no es buen momento. La luna ha desaparecido y las noches son cada vez más oscuras.

—Te necesito, compañero —imploró Geran—. Necesito salir de aquí, huir de mi rutina. Cada día es igual al anterior y me hundo en la monotonía. Quiero buscarme a mí mismo. No soy feliz y el oro puede ayudarme.

—El oro no te traerá felicidad.

—Pero parece un buen punto de partida, ¿no crees? Por favor —las palabras se tornaron en súplica.

Se hizo un silencio. Tan solo se escuchaba el cantar de las cigarras que dan paso al nuevo verano. Geran agachó la cabeza y en Maddy despertó la compasión.

— Bien, te ayudaré.

Geran brincó de alegría. Lanzaba al aire y recogía la pepita de oro. Abrazó a su compañero y lo habría alzado si no hubiera sido tres veces más ancho que él.

—No te arrepentirás. Además, ¿qué es lo peor que puede pasar? ¡Yo ya soy demasiado mayor para morir! — dijo riendo Geran. Cabe señalar que tan solo tenía treinta y tres años (la mayoría de edad entre los hobbits) y le encantaba esa frase sin sentido.



ancos, ¡ven aquí! —ordenó Geran.

Cualquier otro perro se habría levantado corriendo a una orden de su amo, pero Zancos se levantó con tranquilidad. Tampoco lo hizo despacio. Sencillamente lo hizo a un ritmo normal. Es necesario aclarar que los perros son criaturas muy inteligentes y entre los más inteligentes se contaba Zancos. Aunque no pudiera hablar, entendía perfectamente las conversaciones humanas. Y si Geran no hubiera estado tan ciego, habría visto como el hocico y los bigotes de su perro hacían una mueca de desaprobación bastante particular.

— ¡Aquí, corre! —repitió.

Geran acercó la pepita de oro hacia la trufa de Zancos. El perro olisqueó y arrugó la nariz. Tenía absolutamente claro por dónde echar a correr, pero una vez más miró a su dueño. Larga como era, Zancos tenía una de sus cejas levantadas, en una expresión que decía claramente: «Vamos a casa y déjate de majaderías. Nos meteremos en un brete».

— ¡Busca! —repitió Geran a Zancos— Llévanos hasta el tesoro.

Zancos miró una última vez a Maddy para ver si podía buscar algo de sensatez en su amigo hobbit, pero fracasó ante sus ganas de ayudar. Finalmente se resignó y echó a correr por el sendero que conducía hacia los Ranales y el Puente del Brandivino.

—Es una mala idea —añadió Frodo, apretando los labios y negando con la cabeza—. ¿Por qué Zancos y Maddy le ayudaron entonces?

—La amistad de Maddy era firme como las montañas y la fidelidad de Zancos fuerte como las mareas. Y ninguno negaría jamás ayuda a un amigo que la pide.

Aunque no le convencía, Frodo entendió lo que quería decir su tío.

Al principio, anduvieron presos de cierto nerviosismo, pero en poco tiempo llegaron a las rojas aguas del río Brandivino y la Tierra de los Gamos. Zancos salía continuamente del sendero para internarse entre la espesura y la maleza, y volver para reafirmarse en la dirección. De momento, hacia el este, y más adelante, quién sabe.

—El río Brandivino. ¿Sabías qué los elfos lo llaman Baranduin? —dijo Geran mientras cruzaban el Puente de Arcos de Piedra—. Significa «marrón-dorado», pero a mí se me hace más granate.

—Sí, a mí también —contestó Maddy—, casi, como el vino.

— ¿Y sabes por qué tiene ese color rojizo? —preguntó, intentando despertar interés en su amigo.

—Lo sospecho, pero cuéntame.

—Esta historia me la contó en la Mata de Hiedra un frontero —así es como llamaban los hobbits a los foráneos—, a cambio de media pinta de cerveza. Antaño,

su abuelo (hay que decir que era humano, ya sabes, de la gente grande) había intercambiado a su hija por un saco de esparto de color rojo. Has oído bien, ¡a su hija! Cabe decir que no era un saco corriente, por supuesto; ¿te imaginas? Habría sido un acuerdo terrible. Este saco era muy especial. Tenía la propiedad de meter dentro cualquier cosa que se le antojara a su portador. La primera vez que abrió el saco, el hambre pensó por él. De pronto, con una cabriola apareció un conejo que se metió dentro. Volvió a repetirlo y un segundo conejo hizo lo mismo. El saco no parecía tener fondo.

»Así, el humano podía pensar en cualquier cosa. Pensaba en truchas y salmones, y a pesar de estar a millas de distancia del mar, aparecían con brincos y piruetas para meterse dentro del saco rojo de esparto. Sin embargo era bastante egoísta, pues nunca se le pasó por la cabeza pedir que su hija entrara en el saco para recuperarla. Y además de egoísta, la vejez despertó en él un terrible miedo y una horrible angustia. Había vivido bien, contento con el trato que había realizado, pero en su lecho de muerte le abordaban todos los arrepentimientos. Anciano como era, se retorció de miedo sabiendo que pronto daría su último estertor».

— ¡Qué horror! —añadió Maddy. Estaba muy atento al cuento.

—Pero una idea le sobrevino a la cabeza como un relámpago que atraviesa el escudo nocturno. Se levantó de su lecho, cogió el saco rojo y lo abrió de par en par. Y pensó, «Muerte, entra dentro del saco». En un instante, una figura invisible se metió dentro, y el anciano lo cerró de golpe y lo ató con uno de sus mejores nudos. Apretó y apretó, y se dio cuenta de que volvía a tener fuerza en los dedos y en los brazos. Todos los dolores le habían abandonado y su plan había surtido efecto. La muerte había quedado apresada.

— ¡No! —dijo Maddy. El cuento era de tanto interés que hasta Zancos había reducido el ritmo y escuchaba atentamente.

— ¡Sí! Pero lo que el anciano no sabía es que la muerte es la aventura inevitable de la vida. Al principio todo fue bien, por supuesto. Pero un mundo sin muerte... bueno, puedes imaginarte: las guerras dejaron de tener sentido y no podías comerte un buen pescado o un estofado de conejo porque ¡los animales seguían vivos en tu interior! El caos se apoderó de los pueblos humanos y el anciano se arrepintió de todo. Viajó y viajó, de día y de noche, con el saco a la espalda. La figura encerrada en su interior se revolvía sin descanso. No quería morir, pero cada instante se volvió un tormento.

»Al final, llegó a la orilla de un río, aflojó el nudo que él mismo había apretado y arrojó el saco a lo más profundo de sus aguas. El saco se hundió de inmediato y el anciano cayó al suelo por el agotamiento. Antes de cerrar los ojos por última vez y morir, vio como el saco se había abierto y como las aguas del río se tornaban rojas como la propia urdimbre que tantas alegrías y desgracias le había traído: rojas como el saco».

— ¡Vaya! —Maddy estaba sin palabras—. Es una historia sobrecogedora.

—Lo es, ¿verdad? —respondió Geran— Siempre que paso por aquí me acuerdo.

—Me encanta. Es una gran historia. Aunque...

— ¿Aunque?

—Verás —el tono de Maddy era dubitativo—. Las aguas del Brandivino son así por las arcillas.

— ¡Bah, paparruchas! Amigo mío, no dejes nunca que la realidad te estropee una buena historia —y abrazó a su compañero entre risas.

Los hobbits continuaron su camino durante toda la noche. Descansaban de día y volvían a partir con el nacimiento de las primeras estrellas. Se movían bajo el cobijo de la oscuridad para evitar encuentros indeseados. Era sencillo, dado que la luna seguía sin aparecer. Pasaron las noches, hasta llegar a un número incierto que ambos hobbits no pudieron recordar, ¿fueron cinco, o tal vez diez? Así, cruzaron montes, desfiladeros, gargantas, cerros, acantilados, riscos y crestas. También páramos, ensenadas, prados, valles y algún páramo. Es cierto que dieron alguna vuelta de más, porque finalmente llegaron al Bosque Viejo. Y allí, antes de cruzar la cortina de viejos árboles, había un ser extraño sentado en una piedra. Era un alegre sujeto, de chaqueta azul brillante y botas amarillas.

4



—¡Hola, do! ¡Feliz, do! —dijo, casi cantando una tonada jubilosa—. Amiguitos, ¿a dónde vais, resoplando como fueles?

El extraño podía parecer muchas cosas, pero por alguna razón no parecía un extraño. Era un anciano sin canas ni arrugas, de profunda sabiduría pero de lengua jovial. Más alto que cualquiera de los hobbits y de comportamiento excéntrico. Se estaba tomando una tostada de pan blanco con una deliciosa miel. Geran contestó con otra pregunta y un tono grosero que no gustó a Maddy.

— ¿Y usted? Es de noche y tarde para salir a dar un paseo, ¿no cree?

— Estaba recogiendo lirios para mi esposa —contestó el extraño. Su voz era melódica y parecía la despreocupación absoluta. Zancos se acercó al extraño moviendo el rabo—. Pensaba hacerle una corona y darle una sorpresa al amanecer. ¡Oh, qué maravilla de perro!

— Disculpe a mi compañero —interrumpió Maddy, torciendo el gesto a su amigo—. Nosotros seguimos... bueno, un rastro que se interna en el bosque. ¿Acaso es este el Bosque Viejo?

— Es un bosque, y es viejo —respondió—, pero desconozco si es lo que buscáis, querido derry dol.

— Bien, gracias —concluyó Geran—. Con su permiso, nos gustaría continuar.

—Sin embargo, sí sé algo. Cualquier bosque es un reino peligroso, y más aún si se marcha a ciegas. —agregó el extraño.

— ¿Conoce sus caminos? —preguntó Maddy—. Tal vez podría acompañarnos.

—Lamentablemente me es imposible. Debo volver con mi esposa —respondió—. Puedo daros algún consejo y alguna indicación, aunque deben tomarse con prudencia, pues un consejo es una hoja de doble filo.

—Lo agradeceríamos mucho —dijo Maddy. Ahora era Geran quien torcía el gesto.

Los dos hobbits se sentaron al lado del extraño y aprovecharon para descansar las piernas. Hay hobbits que llevan zapatos —de hecho, la profesión de zapatero es de las más prestigiosas—, pero Maddy y Geran no llevaban, y el respiro les vino bien para masajearse los dedos de los pies mientras el extraño hablaba.

—Viajáis de noche, ¿verdad? —ambos hobbits asintieron—. No es la mejor idea, pero imagino que tendréis vuestras razones. La luna ha desaparecido, amiguitos, y pocas veces la luz de las estrellas puede penetrar en el dosel del bosque. Encended vuestras antorchas. Hay sauces y alisos viejos que detestan el fuego: no os acerquéis o podrías abrir su apetito. Si llegáis hasta las quebradas, dad un rodeo: aquella tierra no es para los vivos, como vosotros.

El extraño miró al cielo y se sumió en una reflexión. Masculló unas palabras inteligibles y volvió en sí ante la mirada atónita de los hobbits

— No sé donde estará el Hombre de la Luna. En fin, ¿por dónde iba? ¡Ah, sí! El agua. Hay arroyos encantados. Aunque el agua corra fría y clara es mejor no beber de ella. Sus efectos pueden ser de verdad inesperados. Y alejaos de los maullidos; son el mayor de los peligros.

— ¿Los maullidos? —preguntaron ambos hobbits al unísono.

—Sí, los maullidos de la noche, amiguitos.

— ¿Los maullidos de un gato? —repitió Geran—. Me encantan los gatos. Son animales adorables.

—Lo son, pero estos no son gatos. No son los gatos de la Reina Berúthiel de Númenor, ni los hijos del abominable príncipe Tevildo, que también eran terribles. Son los Maulladores.

Una fuerte brisa interrumpió al extraño. Los árboles se retorcieron incómodos con sus palabras y el crujido de sus ramas helaba la sangre. Maddy observó como gusanos e insectos salían de la tierra, para huir a otro lugar.

—Los Maulladores se alimentan de los transeúntes; los devoran. Dejan sus huesos brillantes y los recogen en sus sacos de muerte. Tiran sus ropas y abalorios, pero se quedan con sus tesoros y sus joyas. Había una pegadiza canción, ¿cómo era? ¡Vaya, no la recuerdo! En fin, ¿de verdad queréis entrar ahí?

Zancos negaba con la cabeza.

— Sí, es nuestra intención —respondió Geran.

— En ese caso, dejadme ayudaros con algunos regalos que tengo por aquí.

— Un mapa sería realmente útil —añadió Maddy.

— Mejor aún, queridísimo derry dol.

Rebuscó entre sus bolsillos y sacó un pequeño ovillo de lana color dorado. No parecía tener más de veinte pies y era realmente hermoso.

—Esto es para ti —dijo, entregándoselo a Geran que lo recogió entre asombrado y desconcertado—. No te dejes engañar, amiguito. Es más largo de lo que parece. Os ayudará si lo usáis con cabeza.

El extraño rebuscó de nuevo entre sus bolsillos. Su chaleco estaba pegado al cuerpo y parecían estar vacíos, sin embargo, volvió a sacar algo.

— Y esto para ti, risueño hobbit —le entregó a Maddy una canica blanca con una muesca oscura como un cráter—. Guárdala bien. Es un mineral que los elfos llaman *Ithil*. Llegado el momento, sabrás que hacer.

Por tercera vez metió la mano en su chaleco y se acercó a Zancos. En esta ocasión, sacó la mano vacía, haciendo un pequeño cuenco con ella. Con un gesto danzarín, llevó la mano hasta la oreja de Zancos, como si fuera a contarle un secreto. Sus labios se movían, pero los hobbits no escucharon nada. Tras unos instantes, escucharon su voz.

— Este es un canto importante. Sus versos hablan sobre Huan; el perro más valiente que ha conocido el mundo de antaño y su hado entre los héroes. Te lo entrego para que te proteja frente a la oscuridad. ¡Recuérdalo! Es el más valioso de mis regalos. Un poema siempre lo es.

Zancos ladró dos veces, y por extraño que parezca, todos los presentes dedujeron que había entendido todo.

— Bien, bien. Debo marcharme. Mi adorable esposa me espera. Tened mucho cuidado, mis queridos hobbits.

Y se fue, saltando y cantando de alegría, en una despedida a medias.

— Un sujeto extraño —dijo Geran—, de lo más particular.

— Creo que eso es quedarse corto— respondió Maddy.

— ¡Guau, guau! —ladró Zancos.

Y entraron en la oscuridad del bosque.

5



in embargo, y para sorpresa de nuestro pequeño trío, el interior del bosque no era más oscuro que el valle por el que venían. Era espeso, y las copas de los árboles colgantes ocultaban cualquier trazo de la bóveda celeste, pero por alguna extraña razón, las hojas centelleaban tenuemente con un brillo viridiano. Al principio, los hobbits lo agradecieron...unos segundos, al menos.

— Este brillo verde es... incómodo —dijo Geran, cuando realmente quería decir que le inquietaba muchísimo—. El aire es espeso y cuesta respirarlo, como si pesara.

— ¡Zancos, busca! No nos quedemos aquí más de lo necesario —remarcó Maddy.

En la orilla del bosque, los árboles crecían rectos como inspirados a acariciar las estrellas, mas a medida que avanzaban, las ramas y los troncos se retorcían de una forma grotesca, formando claroscuros espeluznantes. El terror comenzaba a calar en sus huesos.

— Mira aquello, Geran. Algunas sombras se alargan hacia nosotros como ocho patas de oscuridad, como si fueran arañas de sólidas tinieblas. ¡O cómo allí! Parecen gárgolas apostadas en las ramas como centinelas. —dijo señalando las protuberancias nudosas que había sobre ellas.

— ¡Gárgolas y arañas! ¡Paparruchas! Mientras no haya ojos brillantes, todo bien. Me preocupa más envenenarnos con este aire viciado —contestó, más para auto convencerse, que para tranquilizar a Maddy—. Estamos adentrándonos demasiado, espera un momento. Tengo una idea.

Y era una buena idea. Como un relámpago, atravesó su mente. Maddy cogió el ovillo de lana que el extraño le había regalado y lo ató alrededor de un tronco.

— No pierdas el tiempo. No tiene suficiente longitud — resolvió Maddy.

¡Ah! Pero se equivocaba. Geran empezó a tirar del ovillo, y lo que en un principio parecieron no más de veinte pies, se convirtieron en mucho más. Tiraban del ovillo y este no parecía agotarse nunca.

— Qué cosa tan extraña, ¿cierto? —preguntó Maddy, esperando una respuesta convincente. En cambio solo obtuvo el gesto de Geran levantando sus hombros.

Un ladrido les sorprendió: Zancos había encontrado algo.

— Es en este momento, joven Frodo, cuando debemos interrumpir la narración de este aterrador relato para que cojas la manta.

— ¡Vale! —contestó. No tenía frío tan cerca de la chimenea como estaba. ¡Vaya! Si casi podía morder las brasas como un viejo *kolbitar*. Pero agarró fuertemente la manta y la subió hasta arriba, hasta que solo la nariz y unos enormes ojos atentos quedaron al descubierto. ¡Cómo protege una manta!

Llegaron a un claro en el bosque inundado por un pantano. Había un cartel de madera clavado sobre un poste que señalaba el mismo centro de aquella ciénaga. Decía: Pantano Sapio. Más abajo, otros dos carteles. Uno señalaba al norte y otro al sur, y decían, respectivamente: hacia el Arroyo Trágico y hacia el Valle Enmohecido.

Bajo ellos, sobre la podrida madera, descansaban dos cuervos que se graznaban el uno al otro, como enemistados por algún extraño motivo.

— El olor es nauseabundo —dijo Geran.

— Y el aspecto horripilante —añadió Maddy—. Diría que hemos saltado de la sartén al fuego. ¿Qué hacemos, lo rodeamos?

— Sí, totalmente. Pero, ¿hacia dónde vamos? ¿Norte o sur?

— El extraño nos aconsejó evitar los arroyos. Desecharía ese camino.

— Bueno, no es que el valle enmohecido suene mucho mejor, pero supongo que llevas razón.

Así que ambos hobbits avanzaron hacia el sur esquivando el Pantano Sapio. Si había sabiduría en esas aguas tumefactas, es algo que no averiguaron jamás. Pero hete aquí, que fue una verdadera lástima. Si hubieran sabido la lengua de los cuervos —imposible, pues no eran hombres de Valle— habrían entendido las advertencias que estos les estaban dando.

— ¡Por ahí no! ¡Por ahí no! —graznaban los cuervos.

Ellos siguieron desenrollando el ovillo de lana, cuyo hilo dorado contrastaba perfectamente entre las raíces y la tierra. Sorprendidos por su hermosura y su longitud inagotable.

— ¡Por ahí no! ¡Por ahí no! —segúan rogando—. Necios, mentecatos. Vais directos hacia los Maulladores.

6



El tronco de los árboles había pasado de tener una corteza podrida a estar recubiertos de un moho que los consumía. Desechos ya de cualquier prudencia, los hobbits llegaron a la conclusión —usando una lógica desbordante— que todo aquel moho podía desembarcar en la región del Valle Enmohecido. Zancos seguía recordando el olor de la pepita de oro, que por suerte o desgracia, llevaba en aquella dirección.

Avanzaron y avanzaron, hasta que la oscuridad les envolvió por completo. Encendieron sus antorchas. Las habían estado reservando por consejo del extraño. Con el fuego, los árboles explotaron en murmullos y aullidos. Pero, por encima de ellos, de todos los extraños sonidos del bosque, surgieron unos chillidos terribles. Los dos hobbits soltaron las antorchas para cubrirse con sus manos las grandes orejas. Era como el quejido de un gato enfermo y colérico. Un maullido que se asemejaba a un tenedor deslizando chirriante sobre un plato de cristal. Al final, se alejó.

— ¿Qué ha sido eso? —preguntó Maddy, pero sus palabras cayeron en saco roto.

— ¡Mira! —ordenó Geran— El bosque acaba aquí.

Su antorcha había caído a unos pocos pasos delante de él e iluminaba el término aparente del bosque. A punto estuvo de apagarse la llama en contacto con aquel extraño y antinatural moho. La recogieron y posaron su mirada sobre lo que había más allá: el Valle Enmohecido.

En efecto, era una tierra tapizada de un color verde. No había viento, ni siquiera el rumor de una ligera brisa. El valle quedaba iluminado por las pocas estrellas que se habían dignado a esquivar las nubes. Y por supuesto, seguía sin haber rastro de la luna. Pero la verdadera luz provenía de la propia tierra. El valle estaba infestado de madrigueras, no mayores que las de un conejo grande. Cualquiera, incluso dos hobbits de tamaño medio, tendría que entrar reptando con muchas dificultades. Del interior de aquellos cubiles emanaba una poderosa luz verde, como el crisol de un horno. E inundaba todo el valle con ese brillo espeluznante que agarrotaba hasta a los más valientes.

— Es una mala idea —señaló Maddy.

— ¡Guau! —apoyó inequívocamente Zancos con su ladrido.

Geran volvió a sacar la pepita de oro y se la mostró a su perro. La bailó delante de su hocico como si eso ayudará. Cualquiera más observador habría notado como Zancos levantaba una de sus cejas en una mueca de clara desaprobación. Finalmente, se resignó y ladró en la dirección de la madriguera más cercana.

— Allí está nuestro tesoro, amigo —sentenció Geran y comenzó a caminar. Seguía desenrollando el inagotable hilo de lana ante la atónita mirada de Zancos y Maddy.

— Repito que es una mala idea. —volvió a decir.

Pero antes de terminar la frase, Geran estaba agachado sobre la madriguera más cercana, hipnotizado por el extraño brillo que brotaba del corazón de aquel valle. Apoyó las manos que se hundieron sobre el terreno saturado de lodo: era muy pringoso y desagradable. Metió la cabeza en el hoyo y observó.

— La madriguera descien... ¡Aaahhh! —. Las manos de Geran se deslizaron por la tierra colmada de moho, agua fangosa y barro, y cayó al interior del agujero con un grito que se ahogó en aquel valle.

Maddy y Zancos corrieron tras él.

— ¿Estás bien? —gritó Maddy mientras Zancos ladraba. Pero, no hubo respuesta.

Por suerte, Geran había caído con el ovillo de lana agarrado en la mano y el hilo era lo suficientemente grueso como para ayudarlo a subir. Volvieron a gritar y a ladrar con el mismo resultado. Empezaban a temer por la seguridad de su amigo, cuando notaron un tirón en el hilo. Primero con suavidad y después con más fuerza. Algo tiraba a intervalos extrañamente irregulares.

— ¿Geran, eres tú? ¿Estás bien? —Y nadie respondía. Y ese silencio helaba la sangre de Maddy y Zancos. Y las insoslayables preguntas las abordaban, ¿su amigo estaba bien? ¿Por qué no contestaba? Y si no era él, ¿quién o qué era?

—Sí, soy yo —sonó la voz de Geran—. Lo he encontrado. ¡Puaj! Creo que he tragado barro. Bajad. Después podremos subir, el hilo está bien amarrado. ¡Rápido! No os lo vais a creer.

— De todas las malas ideas del mundo que he oído, está es la peor. —dijo Frodo.

— Era una terrible idea, en efecto —contestó Bilbo—. Pero otras peores he escuchado. Como la del saqueador que cruzó el umbral de una mina gobernada por un temible dragón —. Añadió guiñando un ojo.

— ¿Y bajaron? —preguntó Frodo.

— Por supuesto. Maddy y Zancos jamás habrían abandonado a su amigo. Aunque, si recuerdas, Maddy era más ancho de caderas y le costó algo más entrar por el estrecho hueco.

Pronto se volvieron a encontrar los tres juntos. Allí abajo, vieron que lo que brillaba era el moho de las paredes. Pero tan solo era la antesala de algo mucho peor. Al fondo de aquel espacio había un oscuro vericuetto, que se sumergía aún más en las profundidades. Bajaba y bajaba, más allá de lo razonable y desafiando cualquier valor. Ese umbral era la división entre la cordura y algo inefable. Zancos lo sintió al instante. Lo que allí había era la verdadera oscuridad. Una negrura impenetrable que despertaba una insoportable angustia en sus corazones. Angustia, desesperación y por encima de todo, desconsuelo. Maddy pensó que ningún ser vivo debería cruzar aquel portal. Eran las puertas de la tristeza. ¡No, no bajaría más! A cada instante, su corazón se dejaba vencer un poco más por esa pena. Tenía la sensación de hundirse en el pútrido fango, y que el umbral oscuro se hacía a cada momento más grande.

Geran se acercó a ellos. Con cada paso que daba sonaba un extraño crujido.

Se había llenado de lodo por completo y limpiado a duras penas. Llevaba los brazos extendidos con los puños cerrados. Al acercarse, los abrió, revelando un brazalete de oro macizo con perlas incrustadas en la mano izquierda y un hueso roído y astillado en la derecha. El suelo a su alrededor estaba lleno de huesos y joyas: coronas y calaveras, colgantes y vértebras, anillos y falanges. Oro, plata y metales preciosos se veían encerrados en el interior de un esqueleto.

— ¿La tibia del tío Timba? —bromeó Geran acordándose de una antigua canción. Pero su voz sonaba apenada. La sala también le afectaba con su tristeza. Por primera vez, sintió el gran error que había cometido.

De repente, una pestilencia surgió a sus espaldas, acompañada por nuevos crujidos, a pesar de que todos estaban quietos. Zancos ladró y Maddy quedó silenciado por el miedo. La sangre había abandonado sus extremidades y la lengua se le había congelado en la boca. Algo se movía tras su amigo. Algo que había surgido de las tinieblas de aquella tierra marchita.

Gerontius Tuk se giró.

Lo primero que notó fue el aliento de la criatura. Era el olor de la desesperanza y el fin de la vida. Su cuerpo, violáceo y viscoso, parecía hecho de barro y moho. Tenía extremidades anormalmente largas y delgadas que casi arrastraba por el suelo. El torso estaba cubierto de pústulas amarillentas y una podredumbre marrón recorría su largo cuello. La boca era elástica y enorme, con labios endurecidos formando afilados colmillos. Sin manos, sus garras se extendían directamente desde las muñecas. Sus cuencas vacías contenían luces verdes que brillaban desde dentro. Era como si hubiera nacido de los reinos subterráneos para aterrorizar a las bestias más viles: ¿Qué no le haría a un sencillo hobbit?

Geran miró a los ojos a la criatura.

El Maullador abrió sus mandíbulas y chilló. La insólita luminiscencia verde de las paredes se apagó por completo y quedaron a oscuras.

Las lágrimas corrían por las mejillas del hobbit tembloroso de miedo. Su piel se arrugó y el pelo de su cabeza y pies encaneció de golpe. Los pómulos se hundieron y el cuello reveló los tendones de la vejez. Con cada segundo de chillido, envejecía veinte años, y cuando Maddy encendió de nuevo la antorcha, Geran ya era un anciano a los pies de la muerte. Mientras tanto, Zancos consiguió reaccionar y se abalanzó sobre el monstruo, mordiéndole una pata. Pero era un perro inteligente y recordó las sabias palabras del extraño: «Te entrego este poema para que te proteja frente a la oscuridad».

Inducido por una fuerza implacable, declamó en su mente los versos que le había cantado el extraño. No los entendía, pero sentía la fuerza de sus palabras y de su ritmo. Dijo que pertenecían a Huan, el perro de Valinor, cuyo hado se había entrecruzado con los héroes de antaño.

*Los Valar cercarán Valinor y Lágrimas innumerables derramarás
Sucederá la traición a tu voluntad sobre el Noldo desposeído
Bestia encadenada por una fidelidad cegada, y sin sentido
Dos consejos y un adiós partido, tres veces con palabras hablarás
Devorado por el lobo más poderoso que jamás hayas temido
Condenado enmudecido hasta que entiendas la virtud de la lealtad
Con el canto del Ruiseñor que ruega en Valinor por su amor que ha fallecido*

Cuando Zancos terminó el último verso, sintió la fuerza del encantamiento en su interior. Un fuego nacía de su estómago y brotó por sus fauces con el portentoso ladrido del Perro de Valinor. Era como si el mismísimo Huan hubiera sido invocado por los versos y acudido en su ayuda. Las paredes y el techo temblaron por su fiereza, escupiendo polvo y guijarros. El Maullador cesó su chillido de inmediato, presa de la cobardía. Y huyó por el insondable agujero del que había venido.

Maddy ayudó a Geran a salir al exterior. Tuvo que llevarlo a su espalda pues las fuerzas de la juventud le habían abandonado. Zancos les siguió cubriendo la retaguardia. Treparon por el hilo de lana, apoyándose también en las paredes resbaladizas, y no sin mucho esfuerzo, llegaron a la superficie.

Respiraban con dificultad. El exterior seguía dominado por una penumbra gobernada por el verdor característico del resto de madrigueras; casas y sótanos de los Maulladores.

Los hobbits y Zancos se precipitaron al suelo cuando incontables chillidos llenaron el aire viciado del Valle Enmohecido. El resto de Maulladores había sido llamado y salían de sus refugios.

A unos pocos pasos de distancia, Maddy vio como unas largas garras salían del interior de una de las madrigueras. Las clavó sobre el lodo para impulsarse con fuerza. Tras ese cubil, otro Maullador se arrastraba hasta el exterior. Todos eran distintos entre sí, jorobados, repugnantes y deformes, pero similares en su monstruosidad.

Zancos contó seis Maulladores: les estaban cercando.

Chillaban. Eran alaridos de muerte. Estaban perdidos.

Maddy tuvo una idea. Del bolsillo de su chaleco, cogió la canica blanca que le había dado el extraño. Tenía un tacto áspero que le reconfortaba, y de inmediato, supo qué hacer. Alzó la canica al cielo sujetándola entre el índice y el pulgar, y la posó sobre el firmamento. Y allí quedó suspendida.

Era *Ithil*, así es como la llamaban los elfos. La luna.

Prendida de nuevo sobre la bóveda nocturna, Tilion volvió a navegar entre las estrellas. Brilló con intensidad haciendo que la noche pareciera día. Jamás hubo un plenilunio semejante.

Con el esplendor de los rayos lunares, los Maulladores ahogaron sus alaridos y regresaron al interior de la tierra. Escaparon aterrorizados y no se supo más de ellos en mucho tiempo.

Los hobbits y Zancos desanduvieron el camino hecho siguiendo el hilo de la lana dorada. La luna llena les acompañó y protegió durante todo el trayecto de vuelta.

Llegaron al amanecer a la Piedra de las Tres Cuadernas. Era como si hubieran caminado una eternidad a la ida y hubieran vuelto en tan solo unas pocas horas, empujados por una agradable brisa. Algo bastante extraño, pero sin duda lo menos extraño de todo. En la Comarca estaban seguros. En casa siempre estás seguro.

Geran perdió durante esta aventura dos cosas: su codicia y la juventud. Pero ganó la amistad eterna de sus compañeros y el amor por el esfuerzo desinteresado. Por encima de todo, aprendió la importancia de la reflexión y que la curiosidad imprudente puede llevarte hasta las puertas del monstruo.

Desde entonces, y a pesar de tener la mayoría de edad recién cumplida —treinta y tres años entre los hobbits—, Gerontius «Geran» Tuk fue recordado como el «Viejo Tuk». Tenía el aspecto de un anciano que había soportado las

mayores penurias. Sin embargo, esta aventura le otorgó mucha sabiduría, y llegó a convertirse en el patriarca de su familia. El «Viejo Tuk» solía repetir: «Soy demasiado mayor para morirme», mientras contaba esta y muchas otras historias. Pero finalmente, su tiempo se agotó mucho antes de lo esperado, y partió hacia lo desconocido. Su fiel amigo, Gormadoc «Maddy» Brandigamo, estuvo con él hasta el final de sus días.

Cuando Geran ya no estuvo, Maddy construyó una casa a la orilla del Brandivino. Allí se casó y tuvo muchos hijos, a quienes siempre advertía sobre los peligros del bosque. Se sentaba en el porche acompañado de Zancos —siempre estaban juntos—, y pensaba en el cuento del Saco Rojo que su amigo les había contado. Pensaba en el extraño y en sus aventuras. Corrían las lágrimas sobre sus mejillas pero siempre eran de añoranza y alegría.

Con el tiempo, su mujer murió, y sus hijos crecieron y emprendieron sus propias vidas. Hasta que un día el porche quedó vacío.

Zancos envejeció y murió, pero nunca se separó de ellos.

Los perros nunca lo hacen.

7



Los perros nunca lo hacen —repitió Bilbo—. Fin.

El fuego de la chimenea estaba casi apagado. Frodo, en silencio, pensaba en todas las emociones que sentía: alegría, emoción, miedo y tristeza. La boca se le había quedado seca y se humedeció los labios.

—El final es triste —dijo Frodo—. Y es muy extraño.

—¿En qué sentido es extraño? —preguntó Bilbo invitando a la reflexión.

—Por ejemplo —Frodo miraba hacia arriba, como si allí estuvieran sus preguntas—, ¿de dónde salió ese hilo de lana interminable? ¿La luna puede ser una canica? ¿Quién es el perro del poema?

—Son buenas preguntas que pueden ser respondidas en otros cuentos. O sencillamente pueden no tener respuesta. A veces es mejor así, ¿no crees? Las respuestas apresan la imaginación. Lo único que debes saber es que hay verdad en todos los cuentos.

—Puede —respondió Frodo, poco convencido.

—Bueno, es hora de irse a dormir —terminó Bilbo—, pero, ¿qué es ese jaleo?

Unos ladridos sonaban fuera de Bolsón Cerrado. Bilbo abrió las contraventanas y observó en dirección a Bolsón de Tirada. —Ven, Frodo. Parece que el perro de Hamfasta Gamyi ha vuelto.

Bilbo asió a Frodo por las axilas y lo alzó hasta la ventana. Allí estaba Hamfast con una antorcha y su viejo perro.

— ¿Qué llevas ahí, viejo bribón? —dijo Hamfast, agachándose para recoger algo. Lo acercó a la antorcha y observó.

Era un hilo dorado de lana, largo, muy largo, que se perdía por el camino. Frodo abrió la boca de par en par y gritó de felicidad.

— ¡Es el hilo del extraño! ¡Es el hilo del extraño!

— Te dije que hay verdad en todos los cuentos —respondió Bilbo.

FIN